



La presidenta del Parlamento de Canarias, Carolina Darias

Acto en homenaje al Sr. Don Juan Carlos Alemán Santana, ex diputado y miembro de la Audiencia de Cuentas de Canarias

Juan Carlos Alemán, o el arte de la Política.



Canarias, noviembre 8/2018

-Señor Presidente del Gobierno de Canarias:

-Señor Presidente de la Audiencia de Cuentas:

-Miembros de la Mesa y de la Junta de Portavoces:

-Diputadas y diputados, señorías:

-Representaciones institucionales, dignísimas autoridades:

-Familiares:

-Señoras y señores, amigos todos:

En nombre del Parlamento de Canarias, les doy la bienvenida a la casa de la ciudadanía para homenajear a Juan Carlos Alemán Santana, al político que durante más de veinte años fue diputado de esta Cámara, miembro de la Mesa y Consejero de la Audiencia de Cuentas.

Se trata de un acto debido a su persona y a su trayectoria; pero, especialmente, se trata de un acto querido y sentido, por su familia, por los diputados y diputadas de diferentes legislaturas y también por sus compañeros y compañeras de partido.

Entenderán que no es un momento fácil, porque al hablar de alguien que ya no está con nosotros, los sentimientos se nos agolpan y las palabras no fluyen. Pero, además, al hacerlo de Juan Carlos, lo hago no solo del diputado, sino también del compañero y del amigo y la cosa se complica.

Afirmó el escritor ucraniano Leonid Sukhorukov que “la vida no se juzga por el tiempo, sino por los recuerdos de los momentos especiales que vivimos”.



Hago uso de ese aforismo -y permitan que hable en primera persona porque es difícil, por no decir imposible, deslindar la racionalidad de los sentimientos- para significar la relación política y humana que mantuve, que mantuvimos la mayoría de los presentes con Juan Carlos Alemán Santana.

Hoy tendremos que retar a las emociones y desgranar vivencias, episodios y situaciones que propiciaron un tiempo fluido y provechoso que a veces volaba y otras se trababa: ya saben, la política es dada a decidir con agilidad o sobre la marcha; pero también a madurar, valorar y transar.

En esto fue un maestro Juan Carlos. Cuando tantas veces hemos manejado el arte de la política como idea o como concepto, él resultó ser un diestro intérprete, un avezado experto que operó siempre con un sentido del pragmatismo que equivalía, sencillamente, a la búsqueda de soluciones o de avances, no importa que fuera muy complicada la materia.

Su tiempo fue el de la atención constante a los frentes que se abrían y a las responsabilidades derivadas del ejercicio de los cargos, orgánicos e institucionales. La atención comportaba un compromiso: él lo asumía, aún a sabiendas de que podía pisar terrenos erizados y toparse con obstáculos insospechados.

¿Se arrugó alguna vez? Que yo recuerde, no. Todo lo más: se aislaba unas horas, puede que unos días. Hasta que escampara o hasta que vislumbrara la luz en el túnel. Y ahí aparecía su frescura, su proverbial predisposición para entender que unas veces se gana y otras se pierde. Y que la política es una carrera de fondo.

Alemán Santana fue un fondista, por seguir con el símil atlético. Le iban las distancias largas, esas que hay que preparar con astucia pero, sobre todo, a conciencia de que es indispensable resistir.

Y para resistir hay que emplearse con lealtad, esa cualidad de la que hacía gala en la defensa de sus ideas hasta el final, porque Juan Carlos fue leal en las numerosas iniciativas y negociaciones que emprendió. Sabía medir bien las distancias, conocía el



terreno que pisaba, le gustaba de disponer de cuanta más información mejor, para planificar la estrategia a seguir y decidir las mejores opciones.

Por eso, fue madurando su condición de estrategia, sin desdeñar los tacticismos. El estrategia se hizo, además, en la adversidad. Muchos años en la política curten. Como concejal, consejero o diputado. Primero veía los escenarios y luego escrutaba a las personas que debía persuadir. Siempre educado, casi siempre cordial, sin altanería, con predisposición para defender los planteamientos propios, pero también pensando en las partes de una alianza o en los intereses generales.

Aquel tono pausado y elegante trocaba en el de un fajador respetuoso cuando subía a la tribuna a defender una iniciativa, a replicar en una comparecencia o a mantener el discurso de una censura que implicaba un programa alternativo.

Hasta para dilucidar en lo orgánico tenía su gracia y su peculiar forma de presentar las cosas. Bromeaba, sí; pero se ponía vehemente y enérgico cuando defendía un informe de gestión o exponía un análisis de la situación política en las sesiones de los órganos de su amado Partido Socialista Canario al que representó con toda dignidad y del que fue candidato a la presidencia del Gobierno en una ocasión. Con la dirección federal mantuvo siempre una actitud respetuosa y consecuente.

Hizo el tránsito de la vida parlamentaria a la Audiencia de Cuentas con toda naturalidad y en esta institución prestó los últimos servicios con la seriedad y el rigor exigibles a ese cometido específico.

Pero antes, dejó su huella en esta casa con la coordinación del Plan Director para el desarrollo de la Cámara. Y por delegación de su presidente asumió la dirección de las obras de mantenimiento y modernización del hemiciclo, de la accesibilidad y remozamiento del edificio y del plan de informatización e innovación tecnológica del Parlamento.

Por si fuera poco, fue miembro de la Diputación Permanente de la institución durante dieciséis años.



Todo este relato, el que hemos visto condensado en el video y en las intervenciones que nos han precedido, contiene esos momentos especiales de los que hablé al principio y que en el plano personal compartió especialmente con sus padres, con su familia, con Yaya, su esposa, y con sus hijos, Patricia y Juan Carlos. Patricia le dio una nieta, Elena, y cuando fue abuelo pudimos contrastar la felicidad que ese hecho significó en su entorno más próximo. Esposo, padre y abuelo ejemplar, Juan Carlos Alemán, muy amigo de quienes le correspondían en sus pruebas de aprecio, y compañero excelente cuando era consultado, le solicitaban una orientación o le pedían asesoramiento para alguna determinación.

Fue una persona comprometida con su tierra y con sus gentes, pero sobre todo con sus ideas, hasta el final, si bien eso no le impedía llevarse bien con todo el mundo. Antes al contrario, pues como muchas veces nos dijo, su concepción de la política era compatible con la defensa de lo que creía y la amistad leal.

A él le tocó vivir muchas vicisitudes, imposibles de mencionar todas. Hoy me voy a quedar con una: él nos abrió el camino para que quienes vinimos detrás asumiéramos importantes responsabilidades institucionales. Y cómo manifestó en reiteradas ocasiones, “el trabajo de un dirigente no era meter gol, sino crear las condiciones para que otros metan el gol”.

Como dijo el presidente norteamericano Abraham Lincoln, “al final lo que importa no son los años de la vida, sino la vida de los años”.

Gracias por tanta vida, tanta generosidad y tanta maestría.

Hasta siempre amigo, hasta siempre.